

Estrategias sociales: de la sobrevivencia a la contingencia

Reyna Moguel Viveros y Sandra Urания Moreno Andrade

Universidad de Ciencias y Artes de Chiapas

Resumen

Este artículo emprende una discusión en torno al concepto de ‘estrategias sociales’, apuntando las inconsistencias teóricas y metodológicas de éste, así como la forma en que puede ser abordado desde las críticas sociológicas a los supuestos clásicos weberianos de la acción social. Se observa que el concepto ha tenido cambios que lo llevan a apuntalar una perspectiva moderna neoliberal de la sociedad donde los individuos pobres pueden organizarse frente a las restricciones que les impone la estructura social, participando sólo como sociedad civil anónima (unidad doméstica) a través de diseñar un cúmulo de estrategias sociales que les permite ‘sobrevivir’ o ‘reproducirse’. Esta perspectiva puede ser revertida con la noción de ‘contingencias provocadas dentro de los ámbitos globalizados del Estado, del mercado y del deterioro ambiental’.

Palabras clave: sobrevivencia social, pobreza y contingencia.

Abstract

Social strategies: from survival to contingency

This article initiates a discussion concerning the concept of social strategies, aiming at its theoretical and methodological inconsistencies and the form in which these can be approached from the sociological critiques to Weber’s classic assumptions of social action. It is observed that the concept has suffered changes that have led it to support a society’s modern neo liberal perspective where ‘poor’ people can organize themselves against the restrictions imposed by the social structure, participating only as an anonymous civil society (domestic unit) by means of designing several social strategies that allow them to ‘survive’ or ‘reproduce’ itself. This perspective can be reversed with the notion of “provoked contingencies within the State’s, market, and environmental deterioration globalized spheres”.

Key words: social survival, poverty and contingency.

Introducción

Los conceptos de ‘estrategias de sobrevivencia’, ‘estrategias de reproducción’ o ‘estrategias familiares de vida’ han sido usados ampliamente en la literatura sociodemográfica como tipos de acciones sociales definidas como “esfuerzos económicos y ocupacionales” (Salvia, 2000), al igual que como “conductas reproductivas de la fuerza laboral” (Bersotti, 1981), o bien, como “comportamientos encaminados a asegurar la

reproducción material y biológica de la familia” (Torrado, 1981), al mismo tiempo que como “procesos y actitudes para maximizar los recursos económicos y sociales” (Salazar, 1996) o “[reorganizaciones] de los roles de género, las relaciones y las identidades interfamiliares” (González de la Rocha, 1994; Chant, 2002) o también como “comportamientos de ciertos grupos subordinados que no logran una inserción estable en la estructura productiva nacional” (Argüello, 1981).

La mayoría de los estudiosos que ha aplicado el concepto de ‘estrategias sociales’ se ha dedicado a explicar las formas en que los marginados —en su mayoría urbanos— enfrentan económicamente la pobreza, pero, como puede inferirse de la selección anterior de las definiciones, al utilizar sustantivos como “comportamientos”, “conductas” o “esfuerzos” se hace evidente que al construir las definiciones utilizan como género próximo nociones derivadas de la psicología social y, como diferencia específica, otro conjunto de denominaciones basadas en los preceptos individualistas de la acción racional, donde los intereses están motivados por una distendida relación de costo-beneficio (Mora Heredia, citado por Moguel, 2001: 194). En efecto, la sociodemografía considera vagamente a las estrategias de sobrevivencia como acciones sociales “reactivas o defensivas” de individuos que se “disfrazan” o se “esconden” en una “unidad doméstica” capaz de hacer frente “silenciosamente” (de manera más o menos “conscientemente”) a la pobreza. La agregación de individuos o de tipos ideales (jefe de familia, ama de casa, subalternos, etc.) que componen los grupos familiares —convertidos en colectividades mecánicamente— desde la perspectiva sociodemográfica, actúa racionalmente para maximizar sus condiciones de vida (Villena, 1996) con arreglo a estos fines. En realidad, toda esta elaboración conceptual incluye un eclecticismo entre psicología social, economía neoclásica e individualismo metodológico, que no supera la definición weberiana de la acción social (Weber, 1969: 9, 20).

En este artículo empezaremos con el análisis de las nuevas concepciones de la ciencia sociológica que han transformado profundamente la teoría de clásica de la acción social, para pasar a analizar las influencias disciplinarias y enfoques dominantes en la literatura sociodemográfica, a manera de poder, por un lado, deslindarnos del contenido racionalista que tiene el concepto de ‘estrategia social’ y, por el otro, hacer una propuesta para hacer más polifacético dicho concepto a partir de la revisión de argumentaciones sociológicas más actualizadas de la teoría de la acción social.

Para organizar la polémica planteada, este trabajo se ha dividido en tres apartados. En el primero se presentan los principales planteamientos sociológicos acerca de las acciones sociales estratégicas tanto individuales como colectivas. En el segundo se reflexiona sobre el contenido de las definiciones del concepto de estrategias sociales y su desarrollo, tales como ‘estrategias de sobrevivencia’, ‘estrategias de reproducción’ y ‘estrategias familiares de vida’. Se discuten los fundamentos metodológicos que se han utilizado para elegir como unidad de análisis tanto el concepto de las ‘unidades domésticas’ como el de ‘familia’. En el último, se trata de superar la rigidez del concepto a partir de nuevas perspectivas de las estrategias sociales involucradas en el desarrollo local y de la autonomía de los sujetos colectivos para construir sus propios “saberes”¹ respecto de las instituciones formales.

De la racionalización weberiana a lo razonable de la acción social²

Una obsesión disciplinaria de origen de la teoría sociológica de la acción social ha sido la clasificación de aquellas conductas humanas que, a través del sentido mentado, la acción es orientada subjetivamente hacia los demás (Weber, 1969: 8). Desde la aparición del libro *Economía y sociedad* de Max Weber en 1922, la acción social se analizó predominantemente, como un fenómeno para ser clasificado, usando tipologías sustantivas, con una perspectiva globalizante y con el propósito de generar “modelos” apriorísticos a su estudio específico y particular (Friedberg, 1997).

El concepto de ‘acción social’ se clasificó a través de las diversas “orientaciones del sentido” que los individuos construyen subjetivamente hacia los demás (Weber, 1969: 9), lo que supone “representaciones mentales”

¹ Este problema nos interesa en particular ya que el trabajo empírico que estamos haciendo se está enfrentando con el problema teórico de cómo analizar la relación entre modos de acceso a los recursos naturales y estrategias sociales en el contexto de la producción del espacio en la Reserva de la Biosfera El Triunfo, ubicada en la Sierra Madre del Sur de Chiapas.

² Se está haciendo alusión al señalamiento de Pierre Bourdieu sobre el hecho de que las prácticas económicas tienen su origen no en las decisiones de la voluntad y la conciencia racional o en las determinaciones mecánicas que provienen de un poder exterior, sino en las disposiciones adquiridas a través del aprendizaje asociado a una larga confrontación con las regularidades del campo; estas disposiciones son capaces de engendrar, fuera de todo cálculo consciente, conductas y aún anticipaciones que es mejor llamar razonables que racionales, aun si su conformación con las estimaciones del cálculo inclina a los pensadores a tratarlos como los productos de la razón calculadora (2000: 20). La traducción es nuestra.

preexistentes del “otro” o los “otros” (como una sumatoria de individualidades); por lo tanto, la subjetividad es una racionalización de la conducta humana con arreglo a fines y a valores.

Hay cinco vertientes del pensamiento sociológico que han generado el derrumbamiento de los principales supuestos de la teoría de la acción social weberiana y que podrían contribuir a construir un concepto más actualizado de estrategia social. Se trata del interaccionismo simbólico, la teoría accionalista, la teoría de los sistemas sociales, la teoría de los movimientos sociales y la teoría institucionalista.³

Todas estas teorías parten del hecho de que la conducta humana no puede ser tipificada a priori de la acción social, dado que “el sentido mentado” surge “instantáneamente” de las percepciones subjetivas que se van transmutando, a lo largo de un complejo proceso interpretativo (Blumer, 2001), en representaciones colectivas de sujetos que comparten un mismo campo semántico pero que se van limitando a través de la retroalimentación del mismo proceso interpretativo.

El desarrollo de la categoría de las “representaciones colectivas” fue el quiebre más profundo del individualismo que padece la teoría de la acción social de Weber,⁴ ya que al combinar la noción de representación colectiva del entorno, la estructuración espacial y la identidad colectiva, un grupo—y menos un individuo— puede difícilmente modificar su manera de habitar y de gestionar su espacio sin poner en juego su concepción del universo y sus representaciones colectivas (Bonis, 2001: 13-14).

Al romperse la perspectiva weberiana, la acción social colectiva es analizada “apriorísticamente”, ya que se desarrolla en campos específicamente estructurados. Primordialmente, porque en la interacción simbólica se pone en juego el significado subjetivo; de manera secundaria, porque el surgimiento de los significados se da a través de la interacción, para que, finalmente, transcurra un proceso interpretativo —cuya naturaleza no es nunca individual— que le da forma a las estrategias colectivas para enfrentar el entorno social y natural (Blumer, 2001).

³ Tomaremos sólo la que ha sido aplicada a la conservación y manejo de recursos naturales, por ser, en nuestra opinión, la que más aporta a la discusión sobre el concepto de estrategias sociales.

⁴ El siguiente párrafo, muestra claramente este contenido individualista que señalamos: “...Para la interpretación comprensiva de la sociología esas formaciones [Estado, nación, familia, cuerpo militar, sociedad anónima, etc.] no son otra cosa que desarrollos y entrelazamientos de acciones específicas de personas individuales, ya que tan sólo éstas pueden ser sujetos de una acción orientada por su sentido. (Weber, 1969: 12).

Las aportaciones del “interaccionismo simbólico” de Hebert Blumer tuvieron un enorme impacto en la “desracionalización” de la teoría de la acción social sociológica pero no en la economía, hasta que Pierre Bourdieu demostró, entre otros pensadores, que las acciones económicas no son racionales; la inmersión de la economía en lo social es de tal magnitud, afirma, que el análisis de las prácticas económicas consiste en desentrañar la economía de las condiciones de la producción y de reproducción de los agentes y de las instituciones de producción y de reproducción económica, cultural y social, es decir, se trata del objeto mismo de la sociología (Bourdieu, 2000: 26).⁵ Enfatizando esta idea, Bourdieu asegura que las estrategias económicas están integradas en un sistema complejo de estrategias de reproducción, inmerso en toda una historia que perpetúa la unidad doméstica. Esta unidad doméstica tiene que ver con un trabajo de construcción colectiva influenciada esencialmente por el Estado. En correspondencia, la decisión económica no radica en un agente económico aislado, sino en un colectivo, grupo, familia o empresa, funcionando como un campo [de acción] (Bourdieu, 2000: 30-31).

Estas elaboraciones metodológicas y conceptuales son convergentes con la teoría de los sistemas sociales, cuyo exponente más importante es Niklas Luhmann. Este autor ha permitido explicar cómo el campo de la acción social se diferencia de un entorno cuando aquél queda estructurado autopoieticamente en un sistema de comunicación. Esta diferenciación del sistema con respecto al entorno colectiviza las acciones de los sujetos a través de las tres etapas del proceso evolutivo: la variación, la selección y la estabilización.

En este artículo nos interesa de manera particular señalar las consecuencias del concepto de ‘variación’, el cual, según la teoría de la complejidad social de Luhmann, comprende la “existencia de un cúmulo de posibilidades de acción muy superior a las que pueden ser efectivamente realizadas, lo que abre ante un actor reflexivo la conciencia de que las cosas pueden ser de otro modo” (Bobes, 2000: 9). Este estado de “variación” o complejidad de opciones coloca a los individuos en una situación de “contingencia” en la medida en que los sujetos sociales están inmersos en ese estado de variación o crisis a medida que pierden su autonomía con respecto al Estado y al mercado, es decir, en tanto sus sociedades se modernizan.

El concepto de ‘variación’ se complementa con la teoría accionalista, la cual maneja la idea de que la acción colectiva no es un dato natural que surge espontáneamente y la “existencia” en sí misma la garantiza. La acción social no

⁵ La traducción es nuestra.

es otra cosa que “soluciones específicas”⁶ de sujetos sociales relativamente autónomos de sus campos organizacionales. Con sus recursos y capacidades particulares para resolver los problemas, los sujetos sociales por ensayo y error prueban, inventan e instituyen mecanismos de cooperación para lograr objetivos comunes a pesar de las orientaciones diversas de dichos sujetos (Crozier y Friedberg, 1981).

La relativa autonomía de los sujetos con respecto al sistema es una noción que Giddens (1993) enfatiza para explicar las formas en que se interviene en un curso de los acontecimientos o en un estado de cosas y, consecuentemente, cómo al acceder y manipular los medios o bases de poder (recursos) necesariamente se influye en el curso de la interacción con los “otros”.

En cualquier fase de una secuencia de conducta dada, cualquier agente podría haber actuado de forma distinta a como actuó (Giddens, 1993). En principio, cualquier pauta de conducta social puede alterarse por los actores que participan en su producción y esta posibilidad existe en tanto las acciones sociales se construyen (a través de saberes no legitimados) dentro de “zonas de incertidumbre organizacional”, que son las que se producen fuera del marco normativo de la organización y que los grupos sociales o los individuos aprovechan para establecer sus propias estrategias de poder informal frente al sistema (Crozier y Friedberg, 1981: 78). La acción razonable, dado el control reflexivo de la conducta por el agente, va acompañada de representaciones simbólicas enraizadas en una ética histórica colectiva que los actores inevitablemente incorporan a su acción. Por lo anterior, se sugiere considerar en el análisis de las acciones sociales la experiencia histórica de los colectivos, las percepciones instantáneas propias de las coyunturas, las representaciones colectivas, los capitales culturales (Bourdieu, 2000: 12) y los recursos con que los actores participan en el conflicto, la exclusión y el poder de un campo de acción determinado.

Por su parte, el conflicto y la identidad con un corte sociopolítico son los ejes de la teoría de los movimientos sociales desarrollada fundamentalmente por Melucci. En ella se recupera la importancia de la estructura como motor de la situación conflictiva y de las acciones sociales, pero se centra en la acción frente a la estructura. Esta noción se fortalece en la medida en que se considere que “el

⁶ Para diferenciar la idea de que las soluciones están determinadas por la estructura y su aparato legitimador como rasgo de la modernidad, de la noción posmoderna donde las “soluciones específicas” son aquéllas en las que “los colectivos” escapan a las reglas de la legitimación de los saberes científicos a través de los juegos del lenguaje, consultar la obra *La condición posmoderna*, de Jean François Lyotard.

“poder” no es una categoría apriorística de la acción social o, como dijeron Crozier y Friedberg, no es una propiedad de las relaciones sociales sino un atributo que se transmuta con el tiempo, las coyunturas, las disposiciones y las coordinaciones. Con estas ideas se han estudiado procesos estratégicos complejos a través del seguimiento de la lógica de los juegos de la acción social donde el “monopolio bilateral” limita estructuralmente el margen de maniobra de cada uno de los “cómplices y/o adversarios” (Crozier y Friedberg, 1981:71) dentro de un determinado campo.

En la teoría de los movimientos sociales se establecen tres niveles de acción colectiva: cuando es un esfuerzo en defensa, reconstrucción o adaptación, es decir, como respuesta a una situación social, es “conducta colectiva”. Si se basa en una iniciativa y da origen a mecanismos de modificación de decisiones, constituye una lucha. Sólo es movimiento social si esta lucha busca transformar las relaciones de dominación social, es decir, se produce la situación social en vez de responder a ella (Melucci, 1991).

Según Melucci, los nuevos movimientos sociales son redes de formación de sentidos, generadoras de espacios públicos de gestión, de representación y de reconocimiento, es decir, son movimientos autoconstruidos. Sus prácticas significativas están impregnadas de valores afectivos y se expresan independientemente de las estructuras formales de la sociedad.

El concepto de ‘redes’ o áreas de movimiento permite valorar los nuevos movimientos sociales, constituidos por individuos y pequeños grupos articulados entre sí y que comparten una cultura y una identidad. Se basan en relaciones informales, en las que el compromiso personal y la solidaridad afectiva son decisivos. Operan inmersos en la problemática de la cotidianidad y no tanto en el terreno político. Una cuestión fundamental que advierte Melucci y que va a ser trascendental para el análisis que nos proponemos en este artículo es que a pesar de las fases de latencia o invisibilidad en las que su existencia no es advertida por la sociedad, de manera aparentemente súbita, hacen su aparición en el terreno público; sin embargo, lo que no reconoce este autor es que ese tránsito al terreno político implica un fuerte proceso de estructuración organizacional que les permite convertirse en comunidades políticas que definen sus acciones frente al Estado y al mercado.

Es aquí donde aparece la quinta teoría que ha rehabilitado la teoría de la acción social, la teoría institucionalista, y de ésta solamente tomaremos las ideas que han influido en las reflexiones sobre el desarrollo sustentable por parte de

ecólogos, antropólogos y sociólogos para debatir la teoría de que a mayor pobreza y vulnerabilidad se da una degradación ambiental cíclica creciente.⁷

Esta teoría sostiene que a menores niveles de desarrollo tanto la cantidad como la intensidad de la degradación ambiental son limitadas por los impactos de la actividad económica de subsistencia sobre los recursos no renovables (Stern *et al.*, 1995). Entre la conferencia de Estocolmo sobre el Medio Humano en 1972 y el informe Brundtland de 1987 se construyó un discurso científico donde la pobreza era la causa de la degradación ambiental del globo terráqueo. Para darle respuesta a esta hipótesis, se recurrió a una vieja teoría sociológica —con profundas raíces antropológicas— a la que se le ha dado en llamar institucionalista. De ella partió Ostrom (1990), autor que sostuvo la hipótesis de que para “gobernar” a los sujetos sociales que tienen una propiedad común y, por lo tanto, con recursos sin límite de uso (para enfrentar la tragedia de los comunes), se requiere de un desarrollo de las instituciones para la acción. Los ecólogos “descubrieron” que el rol de las instituciones formales e informales era el de dar acceso y proveer de titularidades a los sujetos sociales y que, por lo tanto, ninguna relación entre pobreza y ambiente es directa, es decir, la pobreza y la degradación social ambiental está mediada por las prácticas locales (Forsyth *et al.*, 1998: 6).⁸

Hasta aquí dejamos la revisión de algunos aspectos teóricos muy puntuales de las teorías que han modificado sustancialmente el concepto de ‘acción social’ para pasar, como habíamos indicado en la introducción, al desglose de los fundamentos teóricos y metodológicos del concepto de ‘estrategias sociales’ y la forma en que se ha utilizado a la unidad doméstica para focalizar las estrategias emprendidas por los hogares pobres de Latinoamérica para satisfacer sus necesidades vitales.

Sociodemografía y racionalización

En la literatura sociodemográfica se encuentran vastas definiciones de los conceptos de ‘estrategias de subsistencia’, ‘estrategias de reproducción’ y ‘estrategias familiares de vida’. Por la asociación de lo social con lo demográfico

⁷ A esta curva en inglés se le llamó *The environmental Kuznets curve* (EKC).

⁸ Estos autores reconocen en Amartya Sen este redescubrimiento de “las instituciones” como las “proveedoras” de las “titularidades ambientales” para abordar el acceso, control y administración de los recursos naturales.

aparenta una suerte de integración de la demografía y la sociología, aunque en realidad el contenido que se le ha dado a lo social es netamente económico.

Algunos autores señalan que en 1973 en Chile, Joaquín Duque y Ernesto Pastrana fueron los primeros en aplicar el término (Cuéllar, 1996; Oswald, 1991; Villasmil, 1998) al estudiar los esfuerzos para vivir de las familias de bajos ingresos en dos asentamientos irregulares⁹ de la ciudad de Santiago de Chile.¹⁰

Resulta paradójico que el término haya nacido en una de las circunstancias más politizadas que ha vivido América Latina, sin la cuál es imposible entender la aparición de esos “campamentos” promovidos por los distintos partidos que formaban el Gobierno de la Unidad Popular y donde se refugiaba una sociedad civil en resistencia contra la progresiva organización de los partidos políticos de la ultraderecha para derrocar al primer gobierno socialista que había tomado el poder por medio de las urnas.

Aunque la noción de “acciones estratégicas” tuviera una fuerte carga racional, ya que proviene de una idea derivada de la logística militar a disposición del Estado (Lacoste)¹¹ como monopolizador legítimo de la coacción física para garantizar el orden vigente (Weber, 1969: 43-44), en las condiciones chilenas de 1973 ni la acción del propio ejército hubiera podido ser catalogada como racional: hubo un preludio de golpe de Estado fallido y al final, para poder consumarlo, el ejército lo primero que tuvo que controlar fue a los propios marinos militares de Valparaíso, quienes se sublevaron contra su propia organización para defender al gobierno socialista de Allende.

Los pobladores que estaban refugiados en los campamentos que estudiaron Joaquín Duque y Ernesto Pastrana resistían, casi desde el inicio del gobierno de Allende en 1970, a través de la adscripción a múltiples redes de pertenencia,

⁹ A estos asentamientos irregulares se les han dado diversos nombres en América Latina: callampas en Argentina, favelas en Brasil, barracas o colonias de paracaidistas en México, campamentos en Chile, etcétera.

¹⁰ En la presentación de la *Revista Demografía y Economía* (1981, XV: 2), dedicado exclusivamente a reflexionar sobre el concepto de estrategias de sobrevivencia, se adjudicaba al Programa de Investigaciones Sociales sobre Población en América Latina (PISPAL) el haber perfeccionado el uso del concepto.

¹¹ Yves Lacoste relacionó la geografía como la ciencia a disposición de la clase en el poder para imponer, mediante la guerra, sus intereses hegemónicos de clase. A la letra, citamos: “La geografía sirve, de entrada, para hacer la guerra... Plantear de entrada que la geografía sirve, en primer lugar, para hacer la guerra no supone que sólo sirva para dirigir unas operaciones militares; sirve también para organizar los territorios no sólo en previsión de las batallas que habrá que librarse contra tal o cual adversario, sino también para controlar mejor a los hombres sobre los cuales ejercer su autoridad el aparato del Estado. La geografía es, en primer lugar, un saber estratégico estrechamente unido a un conjunto de prácticas políticas y militares....” (1976: 7).

todas ellas políticas pero contradictorias entre sí porque conformaban parte de los brazos civiles de los partidos políticos de izquierda, que a su vez estaban internamente divididos. Esta complejidad del mosaico de posiciones políticas se acrecentó meses antes del golpe de Estado, primero porque cada vez se polarizaban más las posiciones políticas en torno a la vía pacífica al socialismo; esta discusión generó en los pobladores de los campamentos diversas estrategias frente al desabastecimiento de alimentos, bencina y transporte, provocado deliberadamente por la derecha —también profundamente dividida internamente—, por las diversas posiciones que tenía frente a las acciones que habían que impulsarse para crearle un problema de gobernabilidad a la Unidad Popular.

No obstante, el concepto de ‘estrategias de sobrevivencia’, a pesar de haber sido provocado por las contingencias de una crisis política sin precedentes, se despolitizó y los colonos, paracaidistas y pobladores de toda América se “desdibujaron” en una unidad a la que se le ha llamado doméstica, institución cuyas reglas de legitimación, desde esta perspectiva, son impuestas a partir de una lógica de poder “intrínseca”. Vistas así las cosas, los individuos que la componen eran ciudadanos libres, guarecidos en su ámbito anónimo de organización, capaces de responder, bajo su propia lógica de legitimación, a otros ámbitos institucionales.¹²

La política económica se convirtió en estrategia doméstica para enfrentar despolitizada y racionalmente las necesidades vitales de los hogares a través de la generación de la categoría de economía informal. Con este tipo de elaboraciones conceptuales, a principios de la década de 1980, la preocupación por los explotados se sustituyó por términos ideológicamente más cómodos: los miles de desempleados que llegaban a las ciudades fueron convertidos en los pobres que pronto encontraron casa en los cinturones de miseria y un trabajo cuyo salario no alcanzaba a satisfacer las necesidades del “trabajador” y su familia. Estos conceptos poco a poco ponderarían la fuerza de una sociedad civil que tenía que vivir sin la protección de un Estado que sería progresivamente “desincorporado” por las políticas neoliberales; las instituciones se volvieron invisibles y aparecieron las organizaciones no gubernamentales, término eufemístico que ha encubierto el proceso de “internacionalización progresiva” en el diseño de políticas públicas para paliar la pobreza por parte del Banco

¹² Desde nuestra perspectiva la unidad doméstica es la única institución cuyos patrones de legitimación son producto de la mediación del resto de las instituciones existentes.

Mundial, del BID, de fundaciones europeas de corte socialdemócrata y de las iglesias ecuménicas.

La pregunta que se hizo Ursula Oswald (1991) “¿Qué es sobrevivir?” para titular un artículo sobre estrategias de sobrevivencia, puso en evidencia que las respuestas dominantes eran de carácter estructural; se ponía énfasis una y otra vez en el agotamiento del modelo existente de acumulación de capital, refiriéndose a la crisis del modelo de las economías cerradas. Si la determinación era estructural, “las estrategias de sobrevivencia” no podían ser otra cosa que los “escapes” planeados estratégicamente de la población urbana de la economía formal. Oswald señalaba que amplios sectores populares se vieron expulsados del mercado formal de trabajo y buscaron insertarse en la economía informal, paralela y subterránea mediante una amplia gama de actividades. (Oswald, 1991: 28).

La unidad doméstica para resolver las necesidades vitales se desvinculó entonces de sus realidades rurales y, en aras del análisis sociodemográfico, se convirtió en unidad de emigrantes a las ciudades donde prevalece el anonimato de la vida privada. Este supuesto básico del análisis de la unidad doméstica desde la perspectiva sociodemográfica, convierte la diferenciación entre el sistema personal y el sistema social en una característica de toda sociedad y, por lo tanto, aplicable a cualquier situación sin tener que abordar las determinaciones estructurales ni las mediaciones institucionales ni las condiciones políticas ni las titularidades básicas ni las capacidades locales de organización. Todas las unidades domésticas sobreviven en cualquier condición institucional, estructural o sistémica —todas son iguales— se les aísla de su contexto político y todas —aunque todas son pobres urbanas— tienen las mismas capacidades para sobrevivir.

Una unidad doméstica despolitizada tuvo que encontrar un “nicho” de oportunidad explicativo para no quedarse al margen de la sociedad, de tal manera que se sustituyó a la estructura por la organización invisible de las “redes sociales” (Coleman, citado por Bourdieu, 2000: 12) a manera de tejerse a sí mismas sobre la lógica impecable de la *rational choise*.¹³ Estas redes se

¹³ La dominación hegemónica del enfoque de la *rational choise*, según Bourdieu, está determinada por la misma economía neoliberal, donde su lógica tiende hoy a imponerse en el mundo entero por medio de la intermediación de las instancias internacionales tales como el Banco Mundial o el FMI y los gobiernos que dictan, directa o indirectamente sus principios de gobernabilidad bajo un cierto tipo de características, pretendidamente universales, aunque de hecho dicha gobernabilidad está sumergida en una sociedad particular, es decir, enraizada en un sistema de creencias y de valores, un *ethos* y una visión moral del mundo, en una palabra, en un sentido común económico ligado tanto a las estructuras sociales y a las estructuras cognitivas de un orden social particular (2000: 22-23). La traducción es nuestra.

conformaron como una sumatoria de unidades domésticas, ya que no hay diferencias en su nivel de agregación. Para estudiar redes o unidades domésticas se abordaban los roles de género y los vínculos entre el poder del “jefe de familia” y la pobreza y la forma en que las transiciones de la familia se han ido acomodando (o no) a la política social (Chant, 2002). Con raras excepciones, este fenómeno ha sido analizado históricamente. La dimensión temporal se reduce al ciclo de vida de los hogares pero que no ha sido analizado por los sociodemógrafos sino por los antropólogos que estudian el parentesco, los cuales han evadido el uso del concepto de ‘unidad doméstica’ y toman a los grupos parentales como su unidad de análisis en forma diacrónica. Una de las pocas excepciones que ha introducido la dimensión temporal para analizar las estrategias económicas de los hogares es Agustín Salvia (2000), quien a través de series estadísticas temporales evidenció los cambios ocurridos en las oportunidades de vida, la movilidad social y el grado de desigualdad de la sociedad argentina de 1990-1999.

Mercedes González de la Rocha, al afirmar que las unidad domésticas de la clase trabajadora urbana está caracterizada por una estructura jerárquica, relaciones de control y poder, dominación y subordinación y un alto nivel de violencia (1994: 132), daba algunos elementos que permitían suponer que el enfoque de género de las estrategias de sobrevivencia estaban adquiriendo cierta flexibilidad respecto de la visión convencional; sin embargo, como los recursos, desde su perspectiva, siguen siendo controlados por el jefe de familia y la mujer se aboca exclusivamente a su administración, entonces las relaciones de género siguen siendo manejadas desde una perspectiva de poder, como una propiedad de las relaciones sociales. El único ámbito en el cual la cónyuge puede “arrebatarle” el poder (y volverlo a “cosificar”) al jefe de familia es participando en el mercado laboral, pero a expensas de que su subordinación al sistema sea cada vez mayor porque al aumentar los roles que debe cubrir una mujer aparece la ‘doble jornada’ femenina, que podría poner en entredicho la aseveración de que la incorporación de la mujer al mercado laboral provoca un empoderamiento femenino que está rompiendo en todas las sociedades los cánones de la sociedad “machista”.

Las consecuencias teóricas y metodológicas de haber convertido a la unidad doméstica urbana pobre en la unidad de análisis de las estrategias de sobrevivencia son, en nuestra opinión, graves. Una de ellas es que se les divorció de sus realidades rurales y cuando se quiere aplicar el concepto ya no hay un reacomodo ni de categorías ni de teorías, mucho menos de unidad de análisis.

Este divorcio convirtió a todas las unidades domésticas en economías monetarias, ya que por “recursos” se entienden sólo los ingresos que el jefe de familia, la cónyuge, los hijos, etc., como fuerza de trabajo formal e informal, pueden aportar para enfrentar el problema de la sobrevivencia. Argüello (1981: 198) señalaba, por ejemplo, que las técnicas de recolección de información sobre las categorías económicas, adolecían de muchas insuficiencias, particularmente en la medición del desempleo, subempleo e ingresos, crítica que evidenciaba que la perspectiva estaba prisionera en la visión económica neoclásica y no podía concebir las nociones sobre recursos simbólicos, mapas cognitivos, recursos naturales determinados culturalmente, etcétera.

Una salida para resolver los problemas teóricos que generaba la medición de los recursos monetarios de la unidad doméstica consistió en sustituir el concepto de ‘sobrevivencia’ con el concepto de ‘estrategias de reproducción’. Las categorías demográficas—como los índices de fecundidad, natalidad, mortalidad, morbilidad—eran dimensiones de la reproducción biológica de la especie que se miden a través de indicadores no económicos, pero cuando cayeron en cuenta de que la procreación podía ser un medio para sobrevivir, entonces el enfoque volvió los ojos a los estudios de la economía campesina donde el valor de uso (Oswald, 1991: 29) condicionaba acciones inconscientes reproductivas para tener la suficiente mano de obra para lograr autoabasto. El concepto de ‘estrategia de reproducción’ no tuvo más remedio que encontrar sus orígenes en el pensamiento de Chayanov como una influencia importante para el estudio de familias y hogares (Oliveira *et al.*, 1989), aunque este viraje no logró nada para estudiar las estrategias sociales dentro de diversos contextos mediados por instituciones, estructuras y sistemas, y tampoco perfeccionó sus métodos para captar el fenómeno de la pobreza y el uso de los recursos fuera de los mecanismos del mercado.

Si se analiza el comportamiento de las familias, suponiendo que ellas dan prioridad a la sobrevivencia, entonces toda acción de sus miembros, incluso dirigidos a otros fines, pero que el observador imputa al colectivo, tiende a verse, primero, como del colectivo y luego, como racional (Cortés y Cuéllar, citado en Cuéllar, 1996).

Ciertamente, hablar de acciones colectivas sin la mínima reflexión de cómo se desarrolla un proceso interpretativo a través de los significados y las representaciones provocaba una nueva contradicción en la construcción del concepto de ‘estrategia de sobrevivencia’: el colectivo, por el solo hecho de serlo, tenía una respuesta homogénea a partir de la unidad doméstica.

Progresivamente, el concepto se fue ligando cada vez más a la teoría de la marginación, porque en la medida en que las formaciones sociales daban cabida a formas no capitalistas de producción y consumo, entonces las estrategias de existencia aparecen como formas de resistencia biológica, y por lo tanto demográfica, al capitalismo. La teoría de la dependencia, utilizando el concepto de ‘estrategias de existencia’, sustituía el concepto de ‘proletariado’ —como la clase revolucionaria en sí— por el de población marginada que se organiza estratégicamente a través de la reproducción ampliada de la fuerza de trabajo; el campo de la acción política fue sustituido por la estrategia civil ordenada, teleológica, indivisa de la sumatoria de unidades domésticas familiares que sólo emprenden acciones colectivas a través de las redes de ayuda mutua y solidaridad (De Lomnitz, 1971).

Prácticamente, todos los estudios de la pobreza basados en las estrategias de sobrevivencia resolvieron el problema de la “organización” “sin organización”, ya que las redes de ayuda mutua y de solidaridad no se tejían para confrontar al sistema ni para evidenciar respuestas específicas a cambios particulares de políticas económicas o sociales ni tampoco para dar el paso a la estructuración de organizaciones, las cuales fueron subsumidas por la familia. Valdés y Acuña (1981: 236), al tratar de clasificarlas, consideraron que lo mismo podían ser organizaciones espontáneas que movimientos sociales.

Con el concepto de ‘redes’, el análisis sobre estrategias tiene un gran impulso, pero, al mismo tiempo, se empantana porque en los estudios sociodemográficos fue la única institución mediadora entre el individuo y el sistema. Varios autores hicieron grandes esfuerzos por resolver este problema, culminando incluso con la negación de su existencia como en el caso del estudio sobre relaciones extradomésticas en los hogares populares de la periferia de la Ciudad de México de Clara Eugenia Salazar (1996). Esta autora llegó a una conclusión sumamente importante, ya que pudo caracterizar la especificidad de las redes de solidaridad establecidas en los barrios populares de la Ciudad de México: la determinación de las redes en función de la producción de espacio social y su fragilidad por la pérdida del territorio dada la movilidad de la relación de vecindad. Indudablemente, con sólo poner en duda la validez de este concepto se debilita el andamiaje teórico que lo sustenta, pero al momento en que se empieza a utilizar el concepto de ‘estrategias familiares de vida’ (Bersotti, 1981; Argüello, 1981; De Lomnitz, 1971) para explicar las acciones sociales adaptativas de todos los grupos que conforman la estratificación social y se le disocia de los estudios de la pobreza, entonces existe inevitablemente un

llamado a revisar a fondo este enfoque que dio vida durante por lo menos tres décadas a la sociodemografía.

Contingencia y activación de la esfera pública

Entre los múltiples artículos que publicó la revista *Demografía y Economía* en 1981 para analizar la consistencia del concepto de ‘estrategias de sobrevivencia’, el de Susana Torrado señaló algunas críticas que nosotras retomamos como punto de partida.

Esta analista del concepto de ‘estrategias sociales’ aseguró que los diversos estudios habían desligado a las unidades familiares de su pertenencia a una clase social para abordar exclusivamente los comportamientos relacionados con la subsistencia mínima, básica, fisiológica, etc. Si vemos esta crítica desde la perspectiva de la historia de la teoría social, el desarraigo de las unidades familiares del enfoque clasista no es producto de un descuido analítico sino de una debacle general del marxismo y de la teoría de la dependencia a finales de la década de 1970. Categorías como ‘praxis’, ‘clase en sí’ y ‘para sí’, ‘estructura’ y ‘superestructura’, ‘clase social hegemónica’, ‘determinación infraestructural’, etc., dejaron progresivamente de usarse y fueron sustituidas eclécticamente por otras; una de esas categorías que fueron dejadas de lado es la de ‘clase social’, y en su lugar se empezaron a utilizar términos tales como ‘clases sociales subalternas’, ‘marginados’, ‘clase media’, sin sustituir la teoría de la dependencia ni la perspectiva estructuralista que la sostenía. Como se fue socavando la consistencia de todo un modelo teórico, finalmente se derrumbó y fue sustituido por la teoría de la pobreza (Rodríguez, 1981: 240-241),¹⁴ la cual es concomitante a la embestida neoliberal contra las funciones políticas y económicas del Estado. Los pobres, como nuevos sujetos sociales, tienen que crear sus identidades sin la centralidad que el Estado tenía para los viejos sujetos (Durand, 1992). Efectivamente, se descentran del Estado —no tienen referentes políticos— pero se centralizan con respecto a la economía del mercado internacional.

El único espacio de participación social que les quedó durante mucho tiempo fueron las silenciosas estrategias de sobrevivencia que podían eventualmente

¹⁴ Dentro de los artículos publicados por la Pispal en *Economía y Demografía* éste fue el único autor que hizo la aclaración que aunque el concepto de estrategias podía ser aplicado a grupos poderosos, son de naturaleza distinta (aunque no explica en qué consiste la diferencia). Así que estrategias de sobrevivencia quedó aplicado exclusivamente a “los excluidos” del sistema.

ser “sociales” si la sobrevivencia la enfrentaban a través de redes de vecinos, de solidaridad, de ayuda mutua, conceptos que terminaron por dejar sin “institución” sin “praxis” sin “política” a las unidades domésticas y las volvieron en grupos formados por seres “inconscientes”, “anónimos”, “emigrantes rurales a las ciudades” que reaccionaban ante la falta de los más mínimos satisfactores.

Visto así el fenómeno, las pobres, como lo señala Torrado, tenían a la familia nuclear o grupos de convivencia (hogares) como la única forma de organización, y como tal, quedó definida por cuatro características: es informal, es anónima, es económica, es apolítica. La familia pobre podía ser definida como una “sociedad informal anónima sin capital”. Y mientras se manifieste como tal, está imposibilitada de enfrentar a un Estado que, en la medida en que se flexibilizan los procesos de globalización, ha ido redefiniendo un rol cada vez más activo en los mecanismos de distribución y de control de la información.

A pesar de que a finales de la década de 1970 hubo una abundante producción sobre los campesinos, la sociodemografía puso una gran atención al fenómeno de la proletarización y su organización como fuerza de trabajo en las unidades domésticas urbanas. Como los ‘campesinistas’¹⁵ insistían en que la unidad de análisis para estudiar los fenómenos de la sobrevivencia era la comunidad, entonces, prácticamente todos los estudios sobre campesinos siguieron una ruta distinta a la que habían emprendido los sociodemógrafos con las sociedades urbanas, poniendo especial énfasis en explicar las migraciones de los pobres del campo a la ciudad, y las diversificación de actividades que las unidades domésticas emprendían para adaptarse a vivir en los cinturones de miseria; luego como “las mujeres pobres” entraron a trabajar a las fábricas, y emprendieron todo tipo de actividades informales para complementar el gasto familiar entonces se femenizó la pobreza urbana. La realidad de la creciente urbanización del mundo, legitimó la internacionalización de las decisiones políticas y económicas, y el dogma de que el “crecimiento sin límites”¹⁶ estaría basado en la industrialización de los países en desarrollo y obviamente en la privatización de las decisiones para sobrevivir en la diversificación de las actividades de la unidad doméstica.

¹⁵ Este es un término que se utilizó para distinguir a aquellos pensadores que sostienen que a partir de la ruptura del autoabasto que suscitó el capitalismo en la economía campesina, los campesinos fueron obligados a buscar diversos ingresos complementarios. Para los ‘campesinistas’, uno de los elementos centrales en la definición era la pertenencia a una comunidad, porque era ella la que garantizaba el acceso a la tierra, y por lo tanto, a la subsistencia individual y familiar. (Arias, 1992: 61).

¹⁶ Estamos haciendo una alegoría los trabajos del Club de Roma de mediados de la década de 1970 cuando este grupo de diplomáticos había llegado a la conclusión de que como los recursos naturales no eran inagotables entonces el desarrollo tenía límites.

Mientras la sociodemografía siguió trabajando exclusivamente con las unidades domésticas urbanas limitadas estructuralmente por el mercado laboral y las únicas que emprendían estrategias de sobrevivencia, al “redescubrir” que sí existe una división planetaria entre sociedades urbanas y rurales y que este “redescubrimiento” de suyo pone en cuestión la unidad doméstica urbana racional, la sociodemografía inicia una severa crisis dado que nunca cuestionó que, por “recursos”, debía entenderse exclusivamente el ingreso monetario. También tuvieron que admitir que no hay decisiones “individuales” ni en el sistema más personal y que los pobres, por pobres que sean, toman decisiones colectivas basadas en un complejo interaccionismo simbólico que se va a expresar teóricamente en la aparición de diversos conceptos de capital: social, humano, simbólico, cultural.

Para abordar el problema de la decisión, selección, acción, la Sociología ha enfrentado una fuerte tensión entre los enfoques estructuralistas, sistémicos e institucionales para abordar la relación, también siempre tirante, entre individuo y sociedad. Y aunque perviven cada uno de estos enfoques, la tendencia fundamental ha sido la de lograr teorías cada vez más interdisciplinarias que afectan a una multitud de conceptos subsidiarios de cada enfoque.

De la revisión teórica realizada, podemos asegurar que las estrategias sociales son acciones sociales contingentes frente al mercado, al Estado y al deterioro ambiental. Ni el espacio doméstico ni el espacio de producción producen estratégicas políticas que puedan romper desde su lógica las estructuras del mercado y las del Estado (Habermas, citado por Vieira, 2003: 3).¹⁷

Esta definición rompe completamente con el enfoque estructuralista —de corte marxista y neoliberal al mismo tiempo—,¹⁸ al asumir que las estructuras económicas y políticas pueden resquebrajarse con estrategias políticas mediante las cuales se reactiva la esfera pública, donde los individuos pueden reaccionar colectivamente y emprender deliberaciones comunes sobre todo en los asuntos que afectan a la comunidad política. De esta manera se pasa de la participación por iniciación de los funcionarios públicos a la negociación con instancias políticas locales.

La acción social comunicativa puede enfrentar la variación (como contingencia) seleccionando colectivamente, mediante mecanismos de decisión

¹⁷ Traducción nuestra

¹⁸ Ambas perspectivas reducen el espacio público a la esfera determinante de las relaciones económicas. Por lo tanto, la cooperación se reduce a la facilitación de obtener la prosperidad individual, en este caso la de las unidades domésticas que actúan dentro de la perspectiva sociodemográfica como individuos.

discursivos, participativos y plurales. Ante el aumento de la complejidad que abre la variación, la acción social elige o decide a través de procesos interpretativos complejos y rutas cognitivas, haciendo un uso razonable cada vez más político de las zonas de incertidumbre organizacional de los marcos de la interacción social. De esta manera se fortalece la autonomía del espacio público participativo de las comunidades, posibilitando la liberación de la sociedad civil de los imperativos sistémicos, de los controles burocráticos del Estado y de las imposiciones económicas del mercado.

La contingencia se abre frente a un sujeto, el cual es sujeto, sí y sólo sí, está en un marco de interacción social. Este marco es el que le da las coordenadas estructurales, las selecciones previas, las recurrencias, éste es quien coloca al sujeto frente al mundo de la vida y, por lo tanto, es el que le permite percibir y descubrir que la contingencia, origen de la vulnerabilidad de los pueblos, puede ser reconvertida en opciones de desarrollo local y en fuente de generación de identidad.

Las estrategias contingentes de las “unidades domésticas” enfrentarán la complejidad de la variación como sujetos sociales en estado latente en un marco de conflicto entre Estado y mercado, por un lado, y las estructuras interactivas del “mundo de la vida” (mientras permanezca bajo las normas, valores, conflicto y poder de la vida privada). Aunque la unidad doméstica genere una multiplicación de roles (Schüren, 2003), o emprenda una enorme diversidad de actividades complementarias a la agricultura (Arias, 1992), o diversifiquen el origen del salario obtenido de los mercados laborales urbanos informales (González de la Rocha, 1994; Cuéllar, 1996, Bersotti, 1981, etc.), siguen siendo estrategias contingentes que flexibilizan el papel del Estado y del mercado adaptando la complejidad de su descentralización y su internacionalización a través de una exacerbación del sistema personal donde todas las energías sociales se encierran en la vida privada de las unidades domésticas. Habíamos señalado que cuando un conjunto de unidades domésticas forman redes sociales tienen que formalizar su campo de acción y, por lo tanto, politizar su acción social, es decir, organizarla; al hacerlo, la selección no la realizan las unidades domésticas. El sistema personal “privatizado” en la unidad doméstica urbana, puede romper sus “apolíticas redes de solidaridad” —las cuales siempre son momentáneas— cuando la variabilidad la procesa colectivamente a través de la vida política; así, la complejidad de las opciones y, por lo tanto, sus estrategias, dejan de ser contingentes, domésticas, económicas y privadas. Y se vuelven opciones públicas, sociopolíticas y colectivas.

En los escenarios rurales de los países “pobres”, la consistencia de la “unidad doméstica” para analizar el problema de la pobreza se derrumba con mucho más facilidad, dado que la vulnerabilidad de los sujetos frente a la contingencia es colectiva y pública, pues los sujetos dependen más directamente de los recursos naturales, los cuales no pueden desprenderse de una realidad insoslayable: el territorio es un recurso colectivo complejo, donde la construcción de la acción se basa en la elaboración de un proyecto común que responsabiliza a los actores frente a las exigencias de la apropiación colectiva (Linck, citado por Arellano, 2003). Todo territorio rural exige coordinaciones, ya que dentro de él existen recursos comunes que además se concatenan en escalas que rebasan al ámbito comunitario y las demarcaciones políticas administrativas. Aun en el caso de situaciones en donde estén privatizando su uso, siempre presenta un número enorme de contingencias, muchas de las cuales surgen del deterioro ambiental que han producido las condiciones del mercado y las políticas públicas nacionales (financiadas, normadas e ideologizadas por el Banco Mundial) a través de la mediación institucional.

En el ámbito rural, la tensión entre las acciones sociales razonables y la racionalización de la planificación estatal (internacionalizada) fulminan el espacio privado; las estrategias colectivas para gestionar el territorio hacen inocuo el análisis de las estrategias familiares de sobrevivencia, porque comunidades, pueblos y regiones enteros son vulnerables ante el deterioro ambiental. No es gratuito que Forsyth *et al.* (1998) hayan señalado una diferencia crucial entre el deterioro ambiental en áreas urbanas con respecto a las rurales: los costos y el manejo de la conservación en las ciudades se enfrentan a través de las políticas económicas mientras que en las zonas rurales se requiere la intervención directa [léase de los sujetos sociales organizados políticamente] en el proceso ambiental.

Indudablemente, la discusión que deja abierta para la investigación empírica este artículo es, por un lado, el tipo de saberes con los que los sujetos sociales enfrentan la variación y, por el otro, las variaciones que son capaces de percibir y representarse colectivamente a partir de este tipo de saberes.

Bibliografía

ARELLANO Monterrosas, José Luis, 2003, *Gestión de recursos naturales para el manejo integral de la cuenca superior del río Grijalva, Chiapas*, borrador de tesis de maestría en Ciencias en Desarrollo Rural Regional, Universidad Autónoma Chapingo, Dirección de Centros Regionales Universitarios, Maestría en Ciencias en Desarrollo Rural Regional.

- ARGÜELLO, Omar, 1981, "Estrategias de supervivencia: un concepto en busca de su contenido", en *Demografía y Economía*, vol. 15, núm. 2 (46).
- ARIAS, Patricia, 1992, *Nueva rusticidad mexicana*, Conaculta, México.
- BERSOTTI, Carlos, 1981, "La organización social de la reproducción de los agentes sociales, las unidades familiares y sus estrategias", en *Demografía y Economía*, vol. 15, núm. 2 (46).
- BLUMER, Hebert, 2001, *Symbolic interactionism as defined by Hebert Blumer*. <http://www.cdharris.net/text/blumer.html>.
- BOBES León, Velia Cecilia, 2000, *Los laberintos de la imaginación: repertorio simbólico, identidades y actores del cambio social en Cuba*, Colegio de México, Centro de Estudios Sociológicos, México.
- BONIS, Armelle, 2001, *Pré-projet de recherche. La construction identitaire dans le sociétés passées et présentes. Le rôle de l'archéologie, de l'ethnologie et de l'histoire*, sin publicar.
- BOURDIEU, Pierre, 2000, *Las estructuras sociales de l'économie*, éditions du Seuil, Francia.
- CHANT, Sylvia, 2002, "Researching gender, families and households in Latin America: from the 20th into the 21st century", en *Bulletin of Latin American Research*, vol. 21, núm. 4.
- CHAYANOV, Alexander, 1974, *La organización de la unidad doméstica campesina*, Ediciones Nueva Visión, Buenos Aires.
- CROIZIER, Michel y E. Friedberg, 1981, *L'acteur et le système*, Éditions du Seuil, Francia.
- CUÉLLAR, Oscar, 1996, "Estrategias de subsistencia, estrategias de vida. Notas críticas", en *Sociológica*, 11(32).
- DE LOMNITZ, Larissa, 1971, *Cómo sobreviven los marginados*, Siglo XXI, México.
- DURAND Ponte, Víctor Manuel, 1992, "Sujetos sociales y nuevas identidades", en Enrique de la Garza (coord.), *Crisis y sujetos sociales*, CIIH/MAP, México.
- FORSYTH, Tim, M. Leach y I. Scoones, 1998, *Poverty and environment: priorities for research and policy. An overview study*, prepared for the United Nations Development Programme and European Commission. Institute of Development Studies, Falmer, Sussex.
- FRIEDBERG, Erhard, 1997, *Le pouvoir et la règle. Dynamiques de l'action organisée*, Éditions du Seuil, Francia.
- GIDDENS, Anthony, 1993, *Las nuevas reglas del método sociológico*, Amorrortu.
- GONZÁLEZ DE LA ROCHA, Mercedes, 1994, *The household: a contradictory unity. The resources of poverty: women and survival in a Mexican City*, Basil Blackwell, Oxford.
- LACOSTE, I., 1976, *La geographie, ça sert, d'abord, à faire la guerre*, Maspero, París.
- LYOTARD, Jean François, 1990, *La condición postmoderna*, REI, México.

Estrategias sociales: de la sobrevivencia a la contingencia / R. Moguel y S. Moreno

- MELUCCI Alberto, 1991, “La acción colectiva como acción social. Notas críticas”, en *Estudios Sociológicos*, IX: 26.
- MOGUEL Viveros, Reyna, 2001, *Entre la tradición y la modernidad. Etnología de los derechos colectivos indios*, Conaculta, México.
- ORLANDINA de Oliveira, Marielle Pepin Lehalleur y Vania Salles, 1989, *Grupos domésticos y reproducción cotidiana*, Colmex/UNAM/Miguel Ángel Porrúa.
- OSTROM, E, 1990, *Governing the commons: the evolution of institutions for collective action*, Cambridge University Press, Cambridge.
- OSWALD Ursula, 1991, “¿Qué es sobrevivir”, en *Estrategias de sobrevivencia en la Ciudad de México*, CRIM/UNAM.
- RODRÍGUEZ, Daniel, 1981, “Discusiones en torno al concepto de estrategias de supervivencia. Relatoría del taller sobre estrategias de supervivencia”, en *Demografía y Economía*, vol. 15, núm. 2 (46).
- SALAZAR Cruz, Clara Eugenia, 1996, “Relaciones extradomésticas en los hogares populares de la periferia de la ciudad de México. ¿Estrategias de sobrevivencia?”, en *Sociológica*, 11 (32).
- SALVIA, Agustín, 2000, “Condiciones de vida y estrategias económicas de los hogares bajo los cambios estructurales. Gran Buenos Aires 1990-1999”, en Javier Lindenboim (comp.), *Crisis y metamorfosis del mercado de trabajo. Parte 1: reflexiones y diagnóstico*, Cuaderno del CEPED, núm. 4, FCE/UBA, Buenos Aires.
- SCHÜREN, Ute, 2003, “Reconceptualizing the post-peasantry: household strategies in Mexican ejidos”, en *European Review of Latin American and Caribbean Studies*, 73, octubre.
- STERN, David, M. Common y E. Barbier, 1995, “Economic growth and environmental degradation: the environmental kuznets curve and sustainable development”, en *World Development*, vol. 23, núm. 9.
- TORRADO, Susana, 1981, “Sobre los conceptos de ‘estrategias familiares de vida’ y ‘proceso de reproducción de la fuerza de trabajo: notas teórico metodológicas”, en *Demografía y Economía*, vol. 15, núm. 2 (46).
- VALDÉS, Jimena y M. Acuña, 1981, “Precisiones metodológicas sobre las estrategias de supervivencia”, en *Demografía y Economía*, vol. 15, núm. 2 (46).
- VIEIRA, Liszt, 2003, *Cidadania e sociedade civil. No espaço público democrático*, en <http://www.puc-rio.br/direito/revista/online/rev11.liszt>.
- VILLASMIL Prieto, Mary Carmen, 1998, “Apuntes teóricos para la discusión sobre el concepto de estrategias en el marco de los estudios de población”, en *Estudios Sociológicos*, 16 (46).